

Prosa literaria A través de 82 inclasificables textos, uno de los grandes autores franceses de nuestro tiempo transmite su visión del mundo

Michel Tournier y el caminar de las vacas

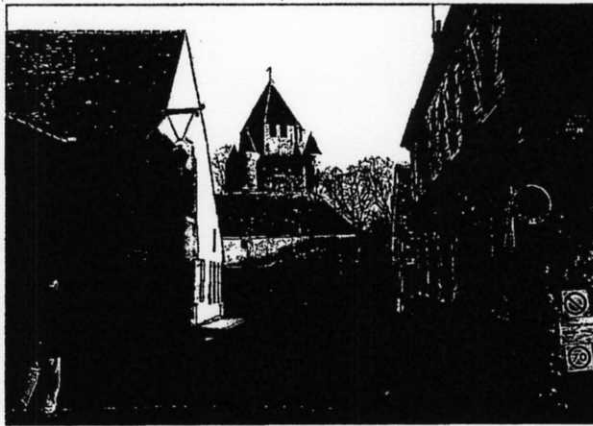
Michel Tournier
"Celebraciones"
Traducción de Luis
María Todó

EL ACANTILADO
354 PÁGINAS
17 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Considero una prueba de coraje, un raro ejemplo de generosidad, que Michel Tournier (París, 1924), instalado ya en la setentena, ofreciera en 1999 este hermoso libro que tituló "Celebraciones", donde, en efecto, se "celebra la riqueza inagotable del mundo", el mundo suyo y nuestro, a través de ochenta y dos "textículos" (según su expresión) de excepcional calidad. Pienso que quizá para comprender mejor la fascinación de la obra convenga no ya recordar que Michel Tournier es uno de los más rigurosos narradores franceses de la segunda mitad del siglo XX, autor de obras inolvidables como "El rey de los Alisos", "Viernes o los limbos del Pacífico" o "Los meteoros", sino también de otro libro de notable interés que hace más comprensible y enriquecedora la lectura, por otra parte nada opaca, de "Celebraciones".

Me refiero a "El viento paráclito" (Alfaguara, 1994), que narra el feliz encuentro de Tournier con la escritura. Lo hace con tal inteligencia y lucidez, con tanta intensidad que rebasa la simple autobiografía para acabar puliendo su autorretrato espiritual. Reconstruye la imagen del muchacho cautivado por la música y el lenguaje de la canción emitida por un fonógrafo, que va escalando descubrimientos hasta alcanzar el dominio de lo metafísico, el saber concreto, y de él salta a la novela, por supuesto una novela de alto voltaje que poca relación guarda con las convenciones del género. Pero lo que ahora me importa resaltar es que desde la aparición de "El viento paráclito" nos es familiar el concepto que Tournier tiene del acto de la creación, su voluntad de búsqueda



La vida rural francesa es objeto de análisis para Tournier

MICHEL EULER / AP

pauplatina de lo absoluto en un mundo atomizado cuya belleza está oculta bajo veladuras que sólo la obstinación del artista consciente de su autoridad logra desvelar a los demás, erigiéndose en instrumento de una gozosa revelación. Sabiéndolo no sorprende tanto que en el tramo final de su vida, ya dispuesto a cruzar a la otra orilla del río donde le reclaman los seres que quiso—Michel Foucault, Gilles Deleuze, François Châtelet, Karl Flinker entre ellos—, Tournier nos haga el obsequio de estas celebraciones que parecen querer restituírnos algo valioso, sobre todo en las circunstancias actuales no propicias al optimismo.

Reconociendo los límites de su insuficiencia y pequeñez, Tournier intenta y consigue mostrar la irrupción de lo su-

Viajero de curiosidad infinita, vive retirado desde hace cuarenta años en la austera rectoría de Choussel

blime ante nuestros ojos escépticos. ¿Dónde lo encuentra y cómo nos lo hace visible con la debida persuasión? Está en todas partes y para verlo basta con adoptar la mirada curiosa de quien, desde el trono de la sabiduría, no ha olvidado la humildad del individuo preadmitido a las puertas de un paraíso innostrado. Ante el ventanal abierto de Tournier se despliega la intimidad del mundo ve-

getal, las correrías de animales insignificantes como el erizo, los lugares de la Historia y el recuerdo, la iconografía de la cristiandad, las imágenes mitificadas del cine, el vacío de ciertos personajes mediáticos, las personas de su afecto, rostros anónimos. Todo posee un significado en su alquimia reflexiva. Para Tournier viajero de curiosidad infinita, francés enamorado de la cultura y las tierras alemanas, parisiense retirado desde hace cuarenta años en la austera rectoría de Choussel, en el valle de Chevreuse, es exaltante observar cómo los árboles de su jardín, cuando están demasiado juntos, se odian entre sí y dificultan los respectivos crecimientos. Por lo mismo escribe bellas palabras acerca de las maneras de caminar de las vacas, en amblado o en diagonal. O sobre los modernos ángeles de Satanás, vaticinados por el Apocalipsis, que en el umbral del tercer milenio identifica con el agujero en la capa de ozono y la plaga del sida.

Son ejemplos elegidos al azar que sugieren pero no explican el cruce de ideas, de acordes argumentales y ritmos de agudeza, ternura, ironía, sugestión, que tejen el discurso sereno, doméstico, incluso apacible del libro; ni el rigor conceptual y literario con que Tournier transmite su visión personal y elocuente del mundo, su capacidad de olfatear y maravillarse con lo que nos es dado tener sin lamentarse inútilmente por lo que la humanidad y el tiempo nos han arrebatado. Tan sólo eso: nada menos que celebrar la riqueza incalculable de la vida, en vez de solazarse con la muerte en las notas evanescentes de un réquiem penitencial estilo Gabriel Faure. Un hermoso acto de fe en las propias certezas y en la sensibilidad de la cultura, por parte de un eminente creador que extrae del pensamiento libre, forjado con la conciencia de la vida, la maduración de la moral que exuda este libro incatolable.

Me creo obligado agradecer a Tournier no ya el disfrute intelectual de la amena lectura, sino su contagiosa defensa de la curiosidad y la admiración como formas de oxigenar el alma con cosas, paisajes, sensaciones, instantes únicos, sueños que, ciertamente, dan sentido al no siempre confortable ejercicio de vivir en esta orilla todavía fértil y fertilizante del río. |